

DIAY NOCHE

Madrid Año I Núm. 6

Se publica los lunes

25 Noviembre - 1918



EN EL CAMPO.—DOS CAUSAS Y UN MISMO EFECTO

ELLA.—A mí me sería imposible matar a un pobre pajarillo de un tiro.
EL.—A mí me sucede lo mismo.

Ayuntamiento de Madrid

20 cts.

CASA "VIUDA DE PONTES"

(FUNDADA EN 1900)

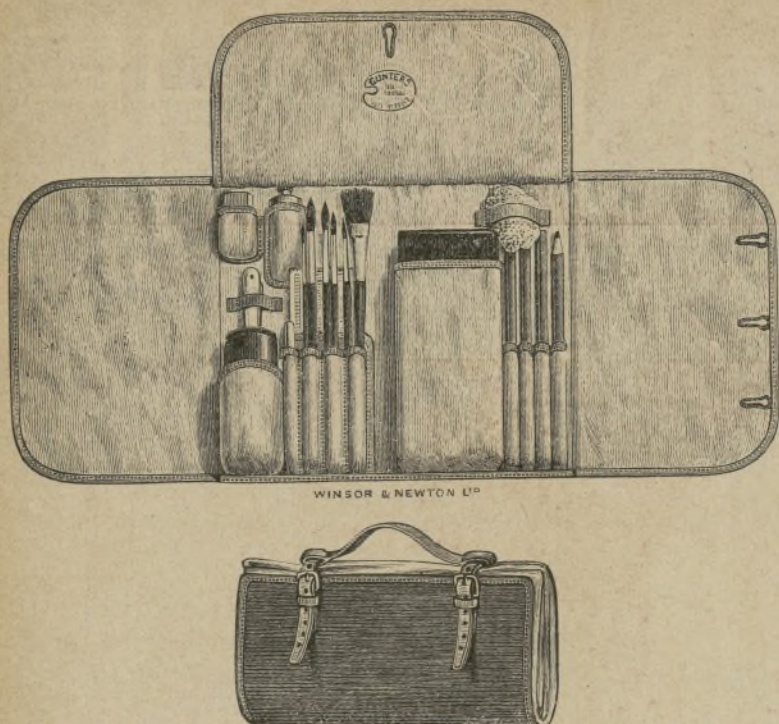
CARMEN, 6 Y 8 MADRID TEL. M. 41-18

Inmenso surtido en artículos para

PINTURA

Aguafuerte, Modelado,
Pirograbado,
Fotominialura,
Repujar el estaño,
Cupro, Cobre,
Cartulinas, & c.

DIBUJO



CARMEN 6 Y 8, (CERCA DE LA PUERTA DEL SOL)

Agencia Administrativa (Matriculada) de **MINGUEZ NEIRA**

Instancias, altas, bajas, variaciones, patentes, reclamaciones, certificados, licencias de aperturas, muestras, etc.

SERVICIO POR SUSCRIPCION
Despacho: Infantas, 23, vinos
De 10 a 1

Manuel Lezama

CAPATAZ DE LA
EDITORIAL HISPANICA

Y DE

DIA Y NOCHE

Conchas, 1. Teléfono 28-90
MADRID

Sellos caucho, metal
y placas esmaltadas
MANUEL LÓPEZ ORTEGA (HIJOS)
Encuadernación, 20 duplicado
Tel. M. 51-84.—A. Correos 171
MADRID

RELOJERIA

VALENTIN GARCIA
Calle de Fuencarral, núm. 77
VENTA Y COMPOSTURAS
de toda clase de relojes
con garantía

SELLOS. Compró colecciones
y lotes; pago altos precios.
L. ODRIOZOLA
HORTALEZA, 51

PAULA

CORSETERA Y FAJISTA
De la Real Cámara
Siempre modelos nuevos
CARMEN, 10, MADRID

CALLEJA SASTRE *Mayor, 21*

Primera casa en Postales

MAYOR, 37

Expediduría de Tabacos n.º 6

Instrumentos de Cirugía,
aparatos Rayos X, mobiliario
clínico, material bacteriológico,
material antiséptico.
Mayor, 41 al 45.—Madrid

EMILIANO GARCÍA

MERCERÍA Y NOVEDADES

96, Fuencarral, 96

NO DE V. MAS VUELTAS A SU CABEZA

El mejor dentrífico del mundo y preferido por las personas de gusto es el

LICOR DEL POLO

PRECIO 1,50 PESETAS

MEDIO SIGLO DE ÉXITO

Espanoles: No dejarse sorprender
por dentríficos extranjeros !

TARIFA DE ANUNCIOS

Ultima plana de la cubierta

Plana entera... 200 Ptas. Cuarto plana... 75 Ptas.
Media ídem... 125 " Octavo ídem... 40 "

Plana del interior de la cubierta

Plana entera... 150 Ptas. Cuarto plana... 50 Ptas.
Media ídem... 80 " Octavo ídem... 30 "

EN TRICOLOR PRECIOS CONVENCIONALES

oro, que ocultaba por completo lo que pudiese ocurrir en el interior del establecimiento.

Una pareja de guardias, que custodiaba la puerta del local, dejó pasar al hombre, que era un individuo de la



y sus ojos fijos y abstraídos...

policía, y a su acompañante. Los curiosos, al entreabrirse la puerta, hicieron un movimiento de avance que produjo fuertes oscilaciones en la aglomeración de público cada vez más numeroso que contemplaba el lugar del crimen, pero su interés y su curiosidad quedaron defraudadas, pues la puerta se cerró en el acto, sin que se pudiera percibir nada del interior.

Dentro de la joyería no había nadie en aquel momento.

—Los jefes deben de estar arriba haciendo el atestado; dijo el agente a modo de explicación.

Sait, sin responder, desde la misma puerta paseó sus miradas por el local. Este era espacioso y adornado con severa elegancia. Grandes armarios de roble oscuro con filetes de oro cubrían las paredes; una magnífica lámpara de madera y metal pendía del techo, y junto al macizo mostrador, de igual carácter que los armarios, o arrimadas a los muros, media docena de sillas tapizadas de terciopelo completaban la sobria ornamentación.



II

La princesa Nabab, reina de la escena

La princesa Nabab llegó a Madrid contratada por un espléndido empresario para encarnar, con su hermosa figura y su arte insuperable en la danza mímica, la protagonista de un bailable montado a todo lujo en el Odeón.

La bailarina era un descubrimiento hecho en el firmamento de las estrellas menores por un agente teatral de gran perspicacia y actividad.

Su llegada a la corte fué una sorpresa para el agente y el empresario, que la aguardaban en el andén de la Estación del Norte. El tren llegó retrasado, como es habitual en los trenes de la Compañía; el andén estaba húmedo y frío, pues corría Noviembre hacia su próximo fin, y ambos personajes llevaban largo rato recorriendo el andén con pisadas fuertes para reaccionar contra la baja temperatura, y con los cuellos de los respectivos gabanes levantados hasta las enrojecidas orejas.

Al fin se oyó el machacar de las ruedas sobre las plataformas, y el tren penetró en el andén, deteniéndose después de dos o tres sacudidas, como caballo mal enfrenado.

Los dos personajes que aguardaban a la *princesa Nabab*, se colocaron en un lugar donde pudieran presenciar la salida de los viajeros, y cuando hubo pasado el último de éstos, sin que entre ellos reconocieran la fisonomía de la artista, de quien tenían retratos, se miraron con expresión de desencanto.

En aquel momento llamó su atención un hombre con aspecto de intérprete, confirmado por esta inscripción en

letras doradas que resaltaban sobre su gorra galoneada: «Hotel de los Príncipes».

El intérprete se dirigió hacia un coche salón que formaba parte del tren recién llegado, y quitándose la gorra con ademán respetuoso, dió la mano, para ayudarla a descender, a una dama envuelta en una rica capa de pieles.

Empresario y agente reconocieron con asombro en la elegante dama a la artista de escasa nombradía a quien



el tren llegó retrasado, como es habitual en la Compañía del Norte.

aguardaban, y dejándose dominar por el aspecto majestuoso de la *princesa Nabab*, la saludaron, dándole la bienvenida, a que ella contestó en breves frases, diciéndoles que se hallaba muy fatigada y deseaba dirigirse inmediatamente al hotel para descansar del viaje.

—¿Se han cumplido las órdenes que dí por telégrafo al *manager*? preguntó al intérprete.



IV

Un crimen inexplicable

Sait se hallaba medio sepultado en un enorme butacón de blando cuero avellana, en una de las habitaciones de la *suite* del Palace que ocupaba durante sus estancias en Madrid. Un Murias, flojamente sujeto entre los dedos de su mano colgante, despedía un filete de humo perfumado, y sus ojos fijos y abstraídos al mismo tiempo enfocaban alguna visión extraterrena.

Dos golpecitos en la puerta pusieron instantáneamente tensa su atención; una doncellita entreabrió aquella, y por el hueco se coló un hombre, con asombro e indignación de la sirvienta. Pero *Sait* cortó con un gesto expresivo toda protesta, y la doncella cerró la puerta con gesto de mal humor.

—Mister *Sait*,—dijo el hombre;—venga usted inmediatamente conmigo.

—¿Qué es ello?

—Un crimen; un misterioso crimen.

Sait, sin responder, estuvo en pie en el acto, cogió su bastón, se puso el sombrero, y siguió al hombre que ya bajaba a escape la escalera.

Sin cruzar ni una frase, a pasos rápidos, se dirigieron hacia la calle de Alcalá, atravesaron esta y entraron en la Gran Vía. Frente a una de las grandes casas nuevas de la espléndida avenida, había un grupo compuesto por más de cien personas que contemplaban ansiosamente el enorme escaparate de una joyería; los más lejanos del grupo se ponían en puntillas, alargando el cuello para enterarse de algo, cosa difícil, pues la gran luna estaba cubierta interiormente por un *stor* de terciopelo bordado de



Día y Noche



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA

Tres meses.....	2,50	Ptas.
Seis meses.....	4,75	"
Un año.....	9,00	"

DIRECTOR

FERNANDO PONTES

Redacción, Administración Talleres
Cardenal Cisneros, 47
APARTADO DE CORREOS 809 TEL. J. 923

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EXTRANJERO

Tres meses.....	8	Ptas.
Seis meses.....	15	"
Un año.....	25	"

Año I

Madrid 25 de Noviembre de 1918

Núm. 6



EL HALLAZGO



L verano había sido bello, espléndidamente luminoso. El mes de Septiembre llegaba a su fin. El campo estaba en calma y se respiraba un soplo de libertad después de los rojos ardores del estío.

Con mi lebel por único compañero, salí al campo. El sol comenzaba a dorar las cumbres de las montañas, y en los verbajos del camino brillaban, cristalinas, las gotas de rocío.

Dejé el pueblo, no tardando mucho en encontrarme bajo la bóveda de la oscura selva. No se escuchaba ruido alguno; sólo el golpe del hacha, con que un leñador hendía los corpulentos troncos, llegaba melancólico de las silenciosas lejanías. En torno mío, los árboles dormían aún, y en sus frondas comenzaban a gorjear, alegres, los pájaros.

Yo, tan gran amigo de la naturaleza, aspiraba con toda la fuerza de mis pulmones la fresca consoladora del hondo bosque soñoliento.

Anduve distraído, sin detenerme, muchas horas, y, cuando llegué a la linde de la selva, ví que el sol del mediodía inundaba de luz los campos, dorados por el soplo del cercano otoño.

Cerca de mí, divisé una pequeña colina, en cuya vertiente opuesta había, verde y profundo, un estanque que reflejaba, sin un temblor de vida, siempre

muerto, la azulada extensión del cielo durante el día y la luz tenue y lejana de las estrellas en las serenas noches.

Yo no le había visto; nunca mi planta llegó hasta él, porque, no tengo rubor en confesarlo, soy un poco supersticioso, y aquel estanque tenía una reputación siniestra en el país.

Mas como la mañana era luminosa y mi espíritu estaba en una plenitud de alegre serenidad, me decidí, heroico, y, trepando por la vertiente, pisé la cumbre, y descendí, despacio, hacia el dormido estanque que rodeaban altos y frondosos álamos.

Soy leal; el corazón me palpitaba febril dentro del pecho en tanto que mis pasos avanzaban hacia el grupo de álamos que semejaban sombríos centinelas. Pero no retrocedí, y, silbando a mi lebel que se alejaba, entré bajo la sombra de los árboles.

Las aguas del estanque eran oscuras, casi negras. Mi lebel se asomó a las aguas, olfateó, con el pescezo alargado hacia el fondo, y luego aulló largamente, como en las noches de invierno cuando los lobos rondaban nuestra casa.

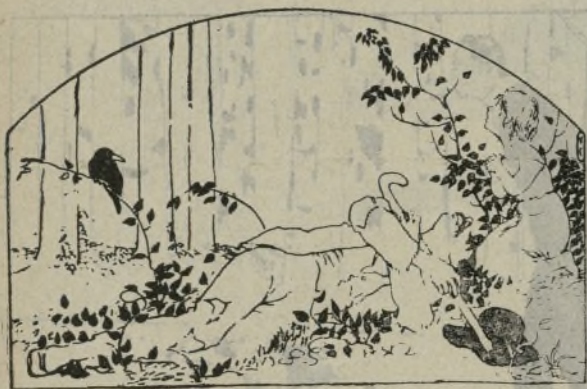
Un revuelo rápido y turbulento, que heló la sangre de mis venas, surgió de las frondas de los álamos, y una bandada de cuervos subió, en anchas espirales, hacia el encendido azul de la mañana.

Y en medio del sepulcral silencio que siguió a aquel revuelo inesperado, escuché una queja prolongada, un lamento desgarrador y trágico.

¡Oh, Dios mío! ¡Cuánto sufrí en aquel momento interminable! ¡Oh, aquellos cuervos de tenebrosas alas! ¡Oh, mi lebel con el pelo erizado y las cálidas pupilas mirando a un punto invisible y fantasmal!

Me avergoncé de mí mismo; mis terrores se disiparon y sentí que mi frente se encendía con el carmín de la vergüenza.

Me precipité hacia el sitio de donde salía la voz, y



abriéndome paso por entre los revueltos zarzales me encontré ante una visión terrible.

Un viejo de haraposas vestiduras se hallaba tendido en tierra, sin movimiento, con los brazos en cruz, y a su lado, muy cerca, una niña de cinco a seis años, con las rubias greñas caídas sobre los azules ojos y las blancas manecitas enlazadas en ademán convulsivo de desesperación, pedía al cielo, de rodillas, amparo en su triste desventura.

Estaban solos; arriba, la bóveda celeste, limpia, sin una nube, y abajo, la muerta campiña solitaria.

La niña, al verme, me tendió los brazos, no se asustó de mí, y, en una lengua desconocida, me indicó,—su gesto era elocuente,—que socorriese al viejo.

Estaba muerto. Sus pupilas mate no reflejaban la luz, y sus manos, yertas, se agarrotaban, como las garras de un buitre, sobre un cayado de pastor.

Cogí a la niña entre mis brazos y dándola un beso, largo, muy largo, traté de consolarla.

La hablé; ella escuchó mis palabras, aunque no las entendía, atentamente; las escuchó con la curiosidad de un niño que observa algo que le sorprende, y cuando terminé de hablar, rodeando mi cuello con sus brazos, apoyó su cabeza en mi hombro y se quedó dormida.

¿Qué hacer? ¿De dónde venían? ¿Quiénes eran?

Esto fué lo que mi corazón se preguntaba mientras mi lebel, gozoso, como adivinando una ventura, meneaba el rabo mirándome implorativamente.

Mi viejo lebel tenía razón. Me decidí por lo que era justo. Con mi dulce carga volví a escalar la pendiente de la pequeña colina, pisé de nuevo la cumbre, y, descendiendo rápido, me hallé otra vez en la llanura, frente a la selva, que crucé sin fatigarme.

Cuando salí del bosque, la luna, roja y llena, trepaba por el horizonte de azul cobalto oscuro y algunas estrellas parpadeaban como lucecitas trémulas de oro.

Mi madre nos vió llegar, de pie en el umbral de nuestra casa. Quedó asombrada, pero cuando le relaté mi extraña aventura, aprobó, sin reparos, mi conducta, y con lágrimas en los ojos, cubrió de besos maternos el plácido semblante de la niña.

Al día siguiente, apenas cantó la primera alondra sobre los pardos surcos, acompañado de unos campesinos, volví al estanque para traer, sobre unas parihuelas de troncos y de hojas, el cuerpo del anciano que, cristianamente enterrado, duerme en el cementerio de la aldea a la sombra de unos viejos cipreses.

Y, desde entonces, creció, blanca y risueña, a nuestro lado aquella niña, que hoy—¡por fin!—será mi mujer ante Dios.

Soy un poco viejo; mis cabellos blanquean tímidamente en mis sienes; pero mi corazón es joven todavía, y Dionisia, que este es el nombre que pusimos a la pequeña desconocida, comprende que sólo con su amor puedo ser feliz lo que me resta de vida.

Y si alguien, indiscreto, le pregunta que cómo pue-



de querer a un hombre como yo, que dobla la cumbre de la edad, ella, siempre generosa, responde que el agradecimiento fecundó en su pecho la semilla de un amor firme y leal.

FERNANDO LÓPEZ MARTÍN.

De Beatriz a Rosalinda

Mi querida Rosalinda: En mi poder tu exquisitamente perfumada carta y la deleitosa descripción de la impresión que en tí produjo esa primera visita al «Santuario»—vulgo estudio—del genial maestro ruso que, con interés perfectamente disculpable, trata de conseguir que te dejes hacer un retrato.

Perdona que una pequeña crítica, indulgente como todas las mías, acompañe una vez más mis comentarios, pero es que tu actitud de franca rebeldía contra todo convencionalismo me tiene sobre ascuas. Cuando se tiene un padre tan indulgente como el que tienes tú, envidiables medios de fortuna y enorme inquietud espiritual el afán de experimentar una nueva sensación puede llevarnos a traspasar los más extremos límites de «lo admitido» y si a otras el

moda» cuya es la suprema felicidad de dirigir tus toilettes para el fausto acontecimiento pictórico de tu retrato, no sé qué decirte. El ruso es probable que prefiera el traje de tarde, forma recta, oriental, de seda color caoba, aplicaciones de bordados multicolores y largo cinturón de la misma seda forrado de raso de un azul que, según dices, «pretende ser nattier». Por mi parte creo debe sentarte mejor la toilette de noche de tisu de plata y encaje blanco, sobre iridiscente fondo de «chiffon», cuya novísima manera de alargar la falda, consiste en colocar una cinta ancha de raso carmesí en este caso—que baja de la cadera a los tobillos dando una bella y vibrante nota de color.

Como fondo ¿qué mejor que ese abrigo nuevo de que me hablas de terciopelo blanco forrado de piel de marta zibeli



pasar el rubicón social no las hizo infeliz, a tí te proporcionaría una ilimitada amargura. Así pues, no te enamores demasiado de la libertad no sea que de rechazo te veas para siempre aprisionada.

Tu pintor. será todo lo «maestro» que quieras, podrá remontarse a las más elevadas cumbres de la metafísica, por ello no dejará de ser un hombre y, no hay hombre—que yo sepa—que, conociéndote, no se haya sentido feliz de serlo. No te entusiasmes, pues ni acaricies la idea de que un «flirteo» con el pintor ruso puede ser a más de agradable, elegante y seguro... No te fies de las distracciones de tu genial amigo, y créeme, aunque vayas a posar sola, no te desdiques en el estudio, al arte de hacerte querer, para el que tan marcada vacación te conocemos.

De los trajes que te ha hecho ese otro «maestro de la

na, que a más de representar una fortuna hará resaltar la nacarada blancura de tus hombros?

Y... hablando de otra cosa, me extraña lo que me dices, respecto a no estar de moda ya el paseo «pur et simple».

Sin duda alguna habrá muchas que no quieran perder en el frívolo, si a la par higiénico pasatiempo, las horas que con tanto provecho podrían ser utilizadas en beneficio de la doliente Humanidad; pero también habrá quien, como tú, cubra las formas y diminuta cartera al brazo simulando inaplazables deberes, pasee su belleza y malgaste el tiempo por las doradas avenidas del «Bois».

Ya me dirás en tu próxima si tengo o no razón y hasta entonces au revoir ma chère.

Tuva siempre,

BEATRIZ GALINDO.

EN CHUNGA

DON TEÓDULO. BOXEADOR

—¡Caramba! ¡Qué feliz encuentro! ¿Cómo está?
—¡Admirablemente! ¿Y usted?
—Vamos tirando de esta pajolera existencia.

Este pequeño afectuoso diálogo, inofensivo y gratísimo al parecer, entraña un grave peligro, porque hay que tener en cuenta que nuestro interlocutor es nada menos que don Teódulo, el acreditado hombre amable, rechoncho él, bajito él, y un poco molesto él.

Don Teódulo acostumbra a dar la mano empleando más fuerza que una nota de Wilson; primero extiende cuanto le es posible la plaza de armas callosa que posee por extremidad superior derecha (gas en cada piso); enseguida se apodera de los cinco dátiles de la desdichada persona que se le encuentra; e inmediatamente cierra sus dedazos morcilludopilosos, y aprieta como si de su esfuerzo dependiera la rebaja de las impropriadamente llamadas subsistencias, acompañando la presión con un balanceo foxtrotresco atontolínador.

El resultado de la complicada operación, es que el agraciado se acuerda de su familia que va a contar desde entonces en su seno amoroso con un manco, y de la apreciable genealogía ascendente del opresor, a la que, por lo bajo, dedica un escogido repertorio de epítetos y piropos de los que indefectiblemente se multan en el Juzgado municipal.

—¿Vá usted a la Puerta del Sol?

—No, señor, voy a los Cuatro Caminos.

—Lo siento, porque tenía que contarle lo que le ha sucedido a nuestro amigo Toribio.

—No recuerdo...

—Sí, hombre, sí, Toribio.

—¿El de la lengua?

—¡Qué lengua ni qué porra! Uno que tiene la nariz en forma de paraguas.

—Bueno, pues cuente usted, que ya estoy intrigado.

—Figúrese que anoche... Pero entre en la acera, (*empujón*), que nos va a atropellar un coche; más dentro; (*nuevo empujón*); hombre, más dentro.

Como le iba diciendo, anoche, bien ajeno estaba el pobre de lo que le iba a suceder... ¡Bien podía llevar usted el busto más erguido, (*violento tirón*); no se de-be-ir nunca con el pecho hundido; (*tres puñetazos en*

un brazo sacudiéndola bruscamente. (*Consiguiente oscilación del brazo derecho del que escucha*). ¿Qué tiendes? ¿Por qué tiembles?

—¡Como me ha dado usted este meneo!

—Si no me refiero a usted; son las palabras de Toribio. ¡Cállese, y déjeme continuar!

—No se enfade, don Teódulo.

—Prosigo. Su esposa tembló más, y entonces, Tori-



bio, registró toda la casa, y debajo de la mesilla de noche, encontró la prueba del delito.

—Me figuro lo que era.

—Pues se equivoca; allí, encogido como una pasa, encontró un hombre. Le arrastró en medio de la habitación, y le dió una patada, (*puntapié efectivo, suministrado por don Teódulo*); después, le dió dos puñetazos, (*sigue la representación naturalista*); y enseguida, arrinconándole contra la pared, (*la víctima sufre igual martirio*), le largó un metido en la boca del estómago, (*golpe en la barriga*), y agarrándole de les solapas, le dijo: (*zarandeo convulsional*). ¡Miserable! ¡Así ultrajas mi honor!...

Don Teódulo ha ido subiendo de tal manera el tono de la voz, y haciendo sus ademanes tan descompuestos, que los transeúntes, con la malsana curiosidad acostumbrada, han formado corro, regocijándose con lo que ellos creen una pelea. Un guardia interviene:

—Señores, hagan el favor de acompañarme.

—¿Por qué?

—Por escándalo y riña en la vía pública.

—En primer lugar ni hay escándalo ni riña, porque estoy hablando con este amigo...

—Nadie lo diría.

—Y en segundo, que yo, estando como estoy a la intemperie, hago lo que mejor me parece.

—Todo eso puede usted decirlo en la Comisaría.

Don Teódulo, hecho una furia, arremetió con el representante de la autoridad, y como es costumbre en estos casos, (pueden comprobarlo en la sección de sucesos de cualquier periódico), le destroza la guerrera y le abolla el casco.

Don Teódulo recomienda a su interlocutor que lleve la noticia de la detención a su esposa, para que no se alarme, y el paciente de los porrazos se dirige a cumplir la difícil misión, alegre y regocijado.

—¿Es usted la señora de don Teódulo?

—Servidora.

—Lo siento mucho, señora, pero vengo a comunicarle que a su esposo le han detenido.

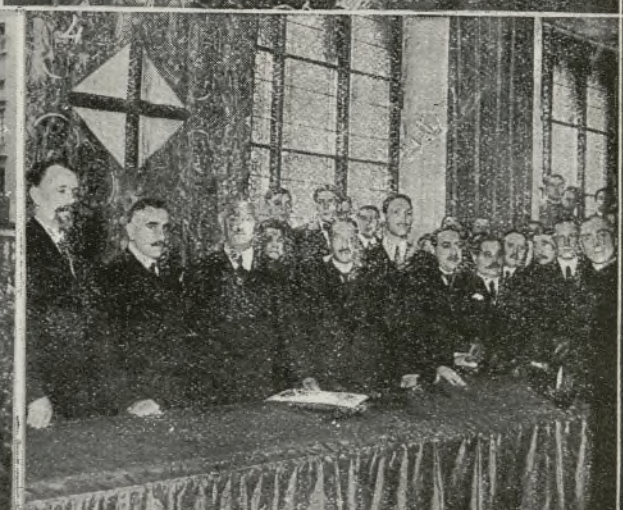
—¡Ay, Dios mío! ¡Qué disgusto! ¿Qué ha hecho?

—Pegar a un guardia.

—¡Ya se lo decía yo! ¡Teódulo, el estar haciendo ginasia suiza a todas horas, te va a costar caro!

ARÍSTIDES FREDELVAL.

LA ACTUALIDAD EN BARCELONA



1. Llegada de los Sres. Cambó y Ventosa a Barcelona.—2. Imponente manifestación en la plaza de S. Jaime al paso de las autoridades que desde el Ayuntamiento, se dirigían al Palacio de la Diputación.—3. La plaza de San Jaime, durante los discursos en la Diputación.—4. Acto oficial en el gran salón de la mancomunidad catalana (Palacio de la generalidad).—5. Las autoridades civiles de Barcelona ante la colocación de la primera piedra de las escuelas gratuitas de niñas en Vallcarca.—6. Colocación de la primera piedra de las escuelas gratuitas de niñas en Vallcarca.

Fotos. (Merletti, hijo).

LA ACTUALIDAD EN BARCELONA Y GRANADA



1. Entrega de un diploma y bastón al concejal, Sr. Ulled por sus correligionarios en el Restaurant del Parque.—2. Presidencia del gran banquete en el Magestick-Hotel por la victoria italiana en el que tomaron parte 230 comensales y fué presidido por el Cónsul de la misma nación y distintas personalidades.—3. Personal que fué obsequiado por su principal el Senador, Sr. Pich para solemnizar el triunfo aliado.—4. GRANADA. Homenaje a los aliados. La manifestación llegando frente al consulado inglés.—6. GRANADA. El Té en el Palace. El Cónsul inglés Sr. Davenhill, el francés Sr. Doumoulin, el de Portugal S. Ibáñez y el de Bélgica Sr. Peismaecker, con los organizadores del acto y los representantes de la Casa del Pueblo.

Ayuntamiento de Madrid

Fotos. (M. rletti, hijo, Barcelona) y (Torres Molina, Granada).



1. Marineros de los submarinos alemanes, internados en Alcalá de Henares.—2. Sesión inaugural de Pediatría de Madrid celebrada en el Colegio de médicos. Fotos, (Del Río)

SALPICADURAS

—Me quiere *usté* decir, señá Balbina,
c'hace *usté* en la cocina,
c'hay tufo en toa la casa?
—Pues ná, señá Tomasa,
que no arde apenas el carbón d'encina.
—Pues a ver si se pasa,
que *güele demasiado* a chamusquina.

¿Quieres, con frases sinceras,
saber que es revolución?
Cuatro gritos, tres carerras,
dos palos y un coscorrón.

Al sucesor de Ventosa,
en voz baja y lastimosa,
dijeron: «Indecorosa
es la luz que antes, vistosa,

alumbraba esplendorosa».
Y el ministro, como glosa,
hizo una frase ingeniosa.
¡Tiene bujías la cosa!

Comilonas con vino y alegría,
festejan hoy la paz de las potencias.
¿Cómo van a bajar las subsistencias
si hay cinco mil banquetes cada día?

Si con rigor les aplica,
a los acaparadores
la ley, justiciera y sola,
contaremos el *Garnica*—
ko arbola.

JUAN NARANJAS DE LA CHINA.

DE ACTUALIDAD

I

¡Loado sea el Señor!

Decimos esto como una consecuencia de nuestro regocijo al contemplar las columnas de los periódicos, libres de noticias aterradoras referentes a la gripe que, en Madrid y en provincias, ha tenido a bien amenizar nuestra existencia durante una temporada.

Aun quedan invasiones y defunciones rezagadas que nos recuerdan la intensidad y la extensión de la epidemia; pero, comparadas con las que hace un mes nos ponían de punta todos los pelos, las de hoy no son más que invasiones de teta.



Volvamos, pues, a dar a Dios las más rendidas gracias, y aprovechemos la ocasión para despotricar contra las Autoridades y contra las Juntas de Sanidad que, en su celo por la salud pública, no permiten el funcionamiento de Institutos, Universidades ni Escuelas, mientras las iglesias, los cines y los teatros, cobijan en su amoroso seno una aglomeración de individuos que mete miedo, aunque en algunos de los locales últimamente citados, no haya tanta abundancia de concurrentes, con microbios o sin ellos, como los respectivos empresarios desearán, librándose en parte de la gripe, si bien cayendo de lleno en el tifus.

¿En qué cabeza de gobernante, o de consejero de los que gobiernan, cabe el absurdo de que los ciudadanos que se reunieran a dar clase en un aula podrían pescar en Madrid, o traer de fuera, la infección consabida, mientras los fieles que se congregan en el templo pueden llenarlo, apretujarse, viciar la atmósfera (si señor; viciarla, aunque estén en la casa de Dios) y salir de oír la plática del padre Gómez o la misa de tres en ringla tan campantes, sin que el microbio de moda les haya hecho la más leve cosquilla en el organismo?

¿Por qué ha de temerse que los que estudian anatomía o derecho civil o cornetín de pistones se contagien recíprocamente dentro de las aulas, y ha de mirarse en cambio, con indiferencia antisanitaria que las películas y las operetas, los dramas y las *variedadetés* (como dice un senador muy aplaudido), son presenciados por multitud de espectadores que, sin duda, dejan los microbios gripales a la puerta del teatro para que dentro no molesten a los demás concurrentes?

¿Por qué cierran las cátedras y no cierran las Cortes? ¿Es que la inmunidad parlamentaria se extiende hasta la acción de los importunos micrococos?

No comprendemos, en nuestros cortos alcances, esta arbitraria desigualdad en la aplicación de las medidas sanitarias.

Y perdónenme los estudiantes y los profesores, si con estas consideraciones he podido turbar el bienestar de que gozan sobretexto de la pícara gripe.

II

Pocas cosas y, sobre todo, pocas personas habrá más traídas y llevadas en estos momentos que el desventurado señor a quien pocos días há conocíamos con el remoque de Kaiser de Alemania.

Déjenle o no tranquilo; permítasele o no paladear en su propia tinta el queso de Holanda; expídasele o no billete de primera para Corfú, yo no quisiera encontrarme a estas fechas en su imperial pellejo.

No sé si le dejarán vivir siquiera en una casa de huéspedes de Amsterdán de a tres pesetas con principio y chinchies; pero es probable que continúe viviendo en el destierro muchísimo mejor que yo en la calle de Fuenarral, cosa verdaderamente injusta, puesto que yo no he matado más que un novillo, un conejo, dos murciélagos y varias pulgas sueltas, mientras el susodicho D. Guillermo tuvo a bien disponer en sus altos designios el destripamiento de innumerables prójimos.

—Juanito, ¿qué me dices del Kaiser?—preguntábame ayer una señora que fué novia mía cuando asesinaron a Prim.

—No me ha escrito nada todavía, la respondí—Y no me extraña; porque habrá que ver cómo estará el pobre Guillermo con la mudanza.

—¿Pero tú crees que le huele la cabeza a pólvora?

—No he tenido posibilidad de olerle la cabeza, desde que la tiene descoronada—contesté a mi amiga—Pero huélale o no, me parece que las potencias lastimadas no habrán de enviarle bizcochos de Guadalajara precisamente...

—Entre tanto—añadió la que un día estuvo muerta por casi todos mis pedazos,—las fiestas con motivo de la paz menudean por todas partes que es un encanto. ¿Y no hay para escamarse de una paz que admite tantas fiestas?

—Doña Paz la del entresuelo, las admite, y eso que está la infeliz como para pedir un armisticio...

—¡Pobre Paz!.. Y dicen que la van a hacer marquesa del Piri.

—Por mí, que no la hagan nada y la dejen en Paz.

III

Con la terminación de la guerra se ha iniciado la baja de varios artículos en algunas poblaciones de España, si lo que ponen algunos corresponsales en sus partes no es para alimentar ilusiones en nuestro espíritu con los comestibles a que hacen referencia.

Pero dá la pícara casualidad de que en Madrid no hemos advertido hasta la fecha las ventajas que varias provincias han tenido la suerte de advertir en cosas de tanta substancia como los chorizos, el tocino y otras golosinas.

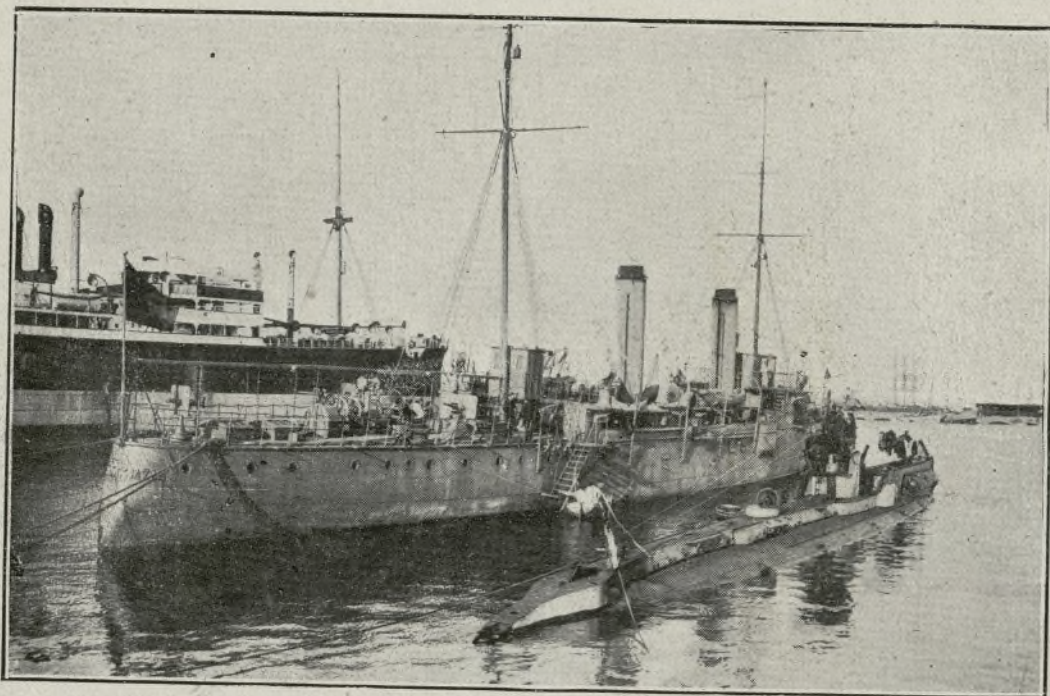
¿Por qué Badajoz y Salamanca (pongo por capitales alimenticias) han de ser más adelantadas que Madrid en el descenso de los embuchados?



Permitásenos una bien fundada protesta contra la desaprensión de tenderos, almacenistas y vendedores de todo género de géneros, y si quieres, caro lector (¡hasta el lector es caro!) dar al olvido por un momento el precio de las patatas (papas en Andalucía), vete a ver *Los amantes de Teruel*, a la plaza de Santa Ana (dentro y fuera del Teatro); *El castillo*, de Alarcón, por Alarcón; *La carne flaca*, de Santa Brígida, *Cásate y verás...* tres actos, como rezan los anuncios de Lara.

JUAN PÉREZ ZÚRIGA

SUPLEMENTO



El submarino Alemán U. 57, anclado en el puerto de Barcelona, y vijilado por el cañorero Alvaro Bazán.

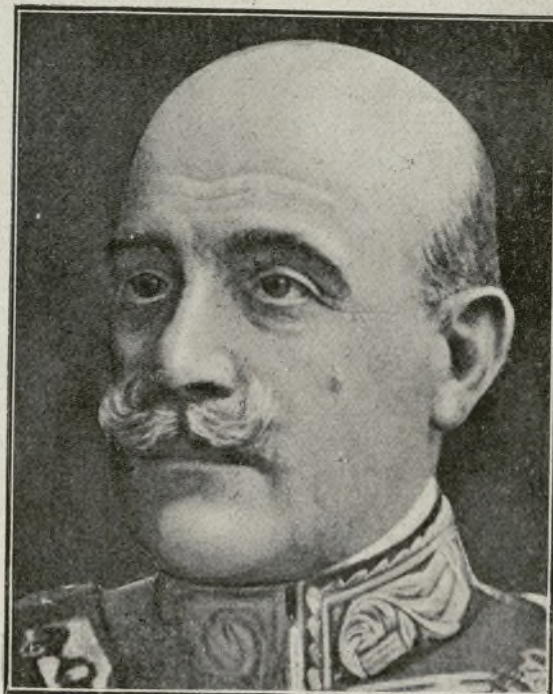
Fotos. (Merletti, hijo).

MUERTE DEL GENERAL JORDANA



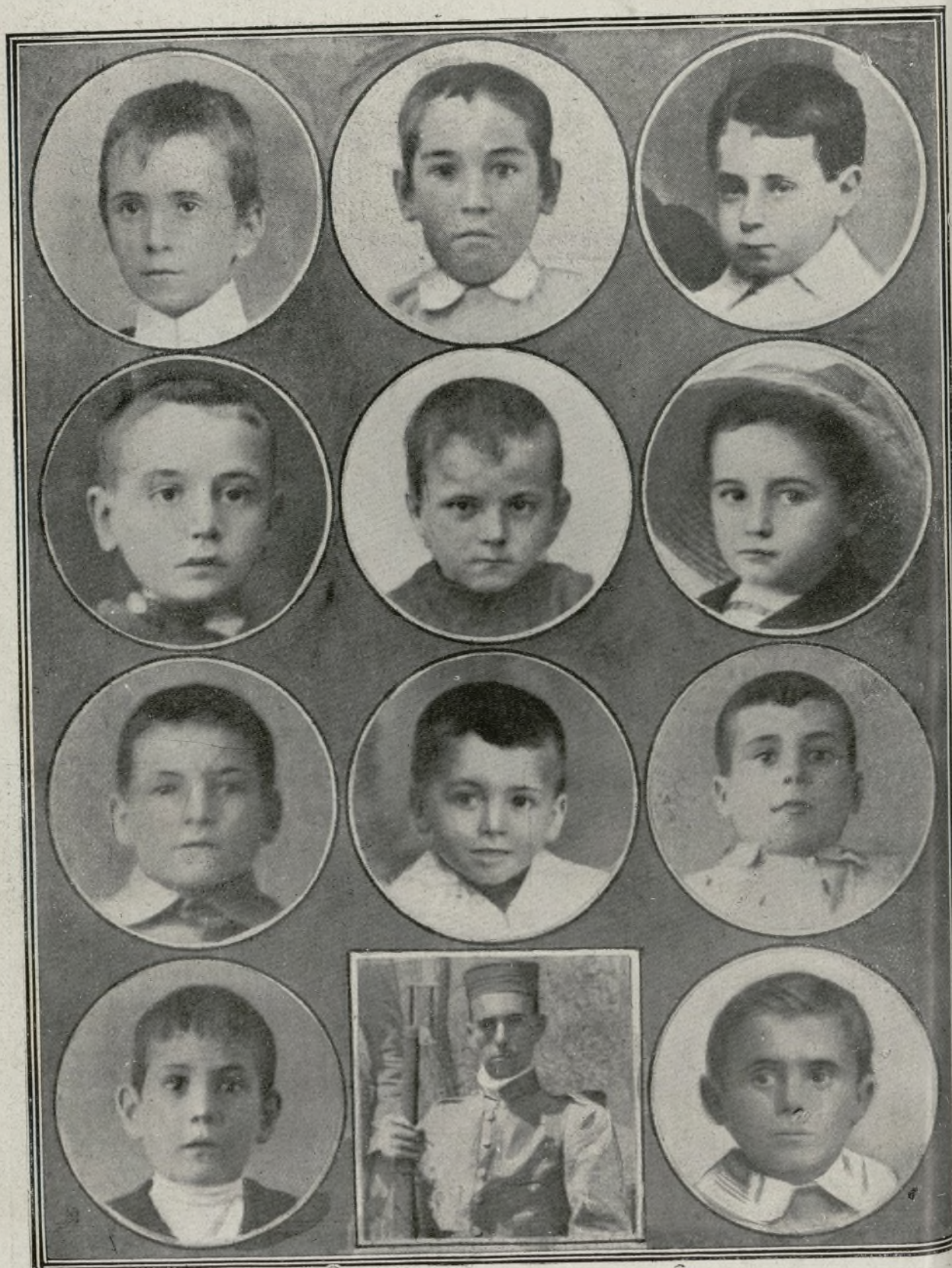
Capilla Ardiente

(Foto Corcio).



D. Francisco Gómez Jordana, fallecido el 20 del actual.

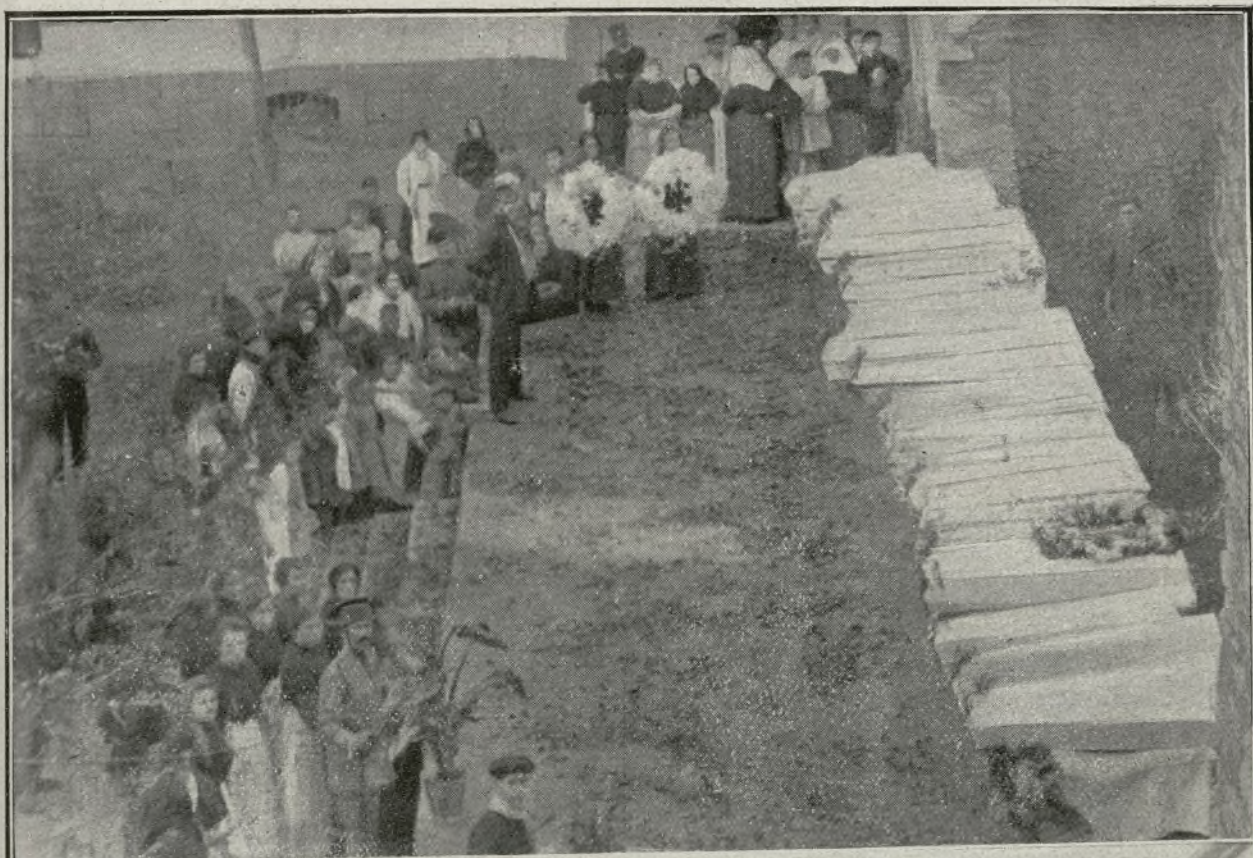
LA CATÁSTROFE EN EL CINE DE CASTELLÓN



De izquierda a derecha, los niños Evaristo Ferrer, Pedro Michavila Alterra, Elias Fajardo, Blas Castillo Benedito, José Agost Brega, Buenaventura Bayer Marcos, Vicente García Arnal, Antonio Porcar Ferraz, José Cervera Llop, Vicente Navarro Sidro, El soldado Pascual Escoin natural de Benicasim y el niño Francisco Miralles Campos, víctimas de la catástrofe.]

(Fotos M. Vidal).

LA CATASTROFE EN CASTELLÓN



1. Momentos antes del entierro. Las familias colocandoles flores ante las cajas de los cadáveres, depositados estos en el patio del Hospital.—2. Entierro de las víctimas de la catástrofe.

(Fotos M. Vidal).

El temporal en Valencia



1. Un grupo esperando con ansia la llegada de una barca a la playa.—2. El huracan y las aguas hicieron grandes destrozos en los jardines frente al Gobierno Civil.—3. Muebles salvados de los vecinos de la huerta de Campanar.—4. Chozas en que vivían a orillas del Turia los obreros que sacan arena del río.—5. Estado en que quedó dicha choza después de la riada.—6. Una barca de la pesca del 'bou' sacando los obreros que sacan arena del río después del temporal.

(Fotos M. Vidal).

LA ACTUALIDAD TEATRAL



1. Teatro Eslava. Una de las escenas de la obra titulada "Sueño de una noche de Agosto".—2. La Sra. Bárcena y Sr. Hernandez en la misma obra.—3. y 4. Teatro Reina Victoria. Dos escenas de la obra "La danzarina de Gracovia".

(Fotos del Río).

DESDE EL GALLINERO

En el mundo de teatros y cines, se ofrece como asunto preeminente la tragedia del cine de Castellón. En España, donde los niños son siempre víctimas del abandono criminal de los gobiernos, y de la grosera ignorancia de las madres, la muerte horrible de veinte o treinta inocentes criaturas, tiene un interés pasajero y declamatorio. El cine es un espectáculo desmoralizador en todas sus fases. Las películas preferidas son aquellas que afectan fuertemente la morbosidad sentimental, con una plástica exhibición de lánguidas y excitantes pasiones amorosas, o de crímenes y enfermedades repugnantes.

Los Estados Unidos, que presumen de maestros en la película, sólo han acertado a producir una serie de *films* a base de ridículas escenas en que se exalta al ladrón y se exprime el ingenio en la busca de nuevos y hábiles medios para robar; el fondo de todas ellas es de una estulticia inefable. Además, el arte está ausente casi siempre.

Los rótulos con que forzosamente hay que ir explicando lo que en la pantalla se proyecta, y que sin tales explicaciones sería incomprensible, son un verdadero atentado al castellano, que lentamente y seguramente van infiltrando en los niños y en los espectadores poco cultos una *instrucción al revés*, como pudiera desearla el más desaforado catalanista. Los *Académicos de la lengua juzgan sin duda que el remediar tales desafueros contra la noble lengua española, por cuya limpieza están obligados a velar, no es cosa de su incumbencia; con embolsarse las dietas, han hecho bastante.*

Los médicos, seguramente, habrán de mostrarse opuestos a que los niños asistan a un espectáculo perjudicial en alto grado para su salud en general y para el órgano de la vista en particular.

Llegando a otro orden de consideraciones, los cines y teatros, incluso los madrileños, están casi siempre en falta respecto a los reglamentos... ¿vigentes? Las salidas son escasas y estrechas, y las localidades, las butacas, son en muchos teatros y salas de espectáculos de una molesta estrechez. Hay un *Teatro Martín* y un *Infanta Isabel*, sin ir más lejos, donde *«toda incomodidad tiene su asiento»* y *«todo asiento tiene su incomodidad»*. En ellos, la voz de ¡fuego! produciría una catástrofe. Si las autoridades tuvieran para con el público los respetos debidos, remedio, y pronto, sabrían encontrar cortando semejantes complacencias.

El desprecio sistemático de todas las verdades que acabo de exponer produce de vez en cuando una catástrofe como la del cine de Castellón; con unos cuantos lamentos de la Prensa, varios pésames oficiales, y la publicación de fotografías del entierro de las víctimas, se cumple... y ¡hasta otra!

**

Y lleguemos a dar cuenta de los estrenos recientes. *El Circo* inauguró su temporada con el estreno de *El triunfo de Arlequín*, de González Rendón y el *Maestro Millán*; repetición de números y salidas a escena de los autores entre aplausos fueron marcando el éxito creciente de la obra. *El Reina Victoria* ofreció al público otra opereta nueva, de igual corte y éxito que todas las anteriores; se titula *«La danzarina de Cracovia»*.

ESLAVA — *Sueño de una noche de Agosto*, novela cómica en tres actos, de Martínez Sierra. Cuando el cronista debe asistir al estreno de una obra interpretada por la Sra. Bárcena, experimenta una feliz exaltación de su optimismo, y siente intimamente justificado su pseudónimo: *El Optimista*.

La Sra. Bárcena está en el apogeo de su triunfal carrera, como artista y como mujer, y el dichoso *Luis Felipe de Córdoba*, autor de novelas impregnadas de un ideal romántico que él mismo juzga imposible y extra-real, acaso encuentre en el fondo de los bellos ojos de *Rosari-*

to Castellanos, y en la intimidad de aquel hogar suyo, que el romanticismo literario de sus novelas amorosas se concreta, se encarna y se anima. *«En las manos de Dios está el milagro!»,* dicen los mahometanos, creyentes de una religión que ve la vida como *el sueño de una noche de Agosto*, a cuyo término el ensueño halla realidad en un paraíso embellecido por huries, de voz no tan encantadora como la de *Rosarito Castellanos*.

Pero... estoy hablando de la comedia como si fueran vivos sus personajes; es el contagio de la escena en que la Sra. Bárcena y la Sra. Morer discuten la suerte de las figuras de una de las románticas novelas de *Luis Felipe de Córdoba*, bajo la misma ilusión de realidad.

La nueva comedia del Sr. Martínez Sierra es un descanso en la serie triunfal de astracanadas; es una bocanada de aire puro a través del mefítico ambiente *Muñoz Secano*; es una demostración evidente de que el público se ríe y regocija con el ingenio cómico, con la fina gracia de una obra, *aunque esté escrita literariamente*; es, sobre todo, un palmetazo a los torpes empresarios que juzgan que sólo se puede arrancar el aplauso del público con vaciedades, groserías y atentados al sentido común y al buen gusto, todo ello en forma de comedias que mejor que en el escenario, estarían en su lugar en el centro del teatro, sobre una alfombra circular, en donde pudieran los actores revolcarse a su gusto. Pero hay cosas irremediables; el gran *Comella* lleva para *in aeternum* pegado el estigma de la chabacanería, como Carrillo lleva la barba, para muchos años.

El sueño de una noche de Agosto constituyó un éxito rotundo en la tarde de su estreno, y la interpretación puede calificarse de perfecta. Aparte de la Sra. Bárcena, tomaron parte en la representación, obteniendo merecidos aplausos, las Sras. Siria, Morer, Carbonell y Quijada, y los Sres. Hernández, Peña (Luis), Collado, Tordesillas, de la Vega y Martínez Román.

EL OPTIMISTA.

Artista que desaparece



Rafaela Abadía, que en plena juventud se ha retirado de la escena.

(Caricatura de Larregla).

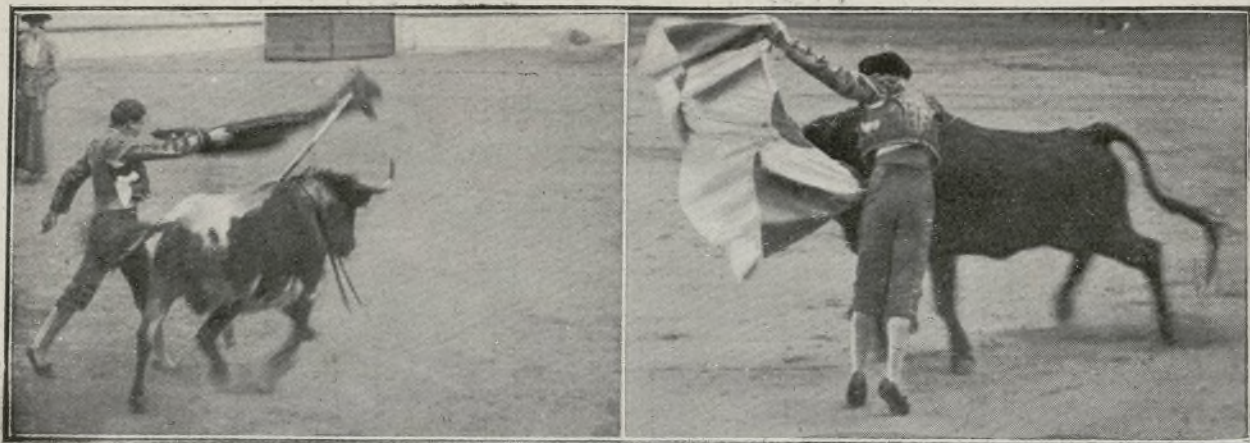
LA ACTUALIDAD EN MADRID



1. Grupo de concurrentes a la recepción de la Embajada francesa con motivo del fin de la guerra.—2. Los representantes de automóviles aliados, que dieron un banquete por el feliz término de la guerra.—3. Niños del Colegio de libre enseñanza, viendo la exposición de paisajes del Paular.—4. y 5. Teatro Price. Dos de las principales escenas de la obra titulada "El triunfo de Arlequin".

(Fotos del Río).

SEMANA TAURINA



Hace unos cuantos años que, en lo que es hoy plaza de España, se reunían todas las tardes para jugar al toro varios mozalbetes, que llevados de su afición al arte que inmortalizó a Lagartijo y Frascuelo, improvisaban en un santiamén una corrida casi formal.

Entre todos los *diestros* en agraz que intervenían en estos festejos, había un muchachillo moreno que llamaba poderosamente la atención, porque manejaba el rojo capote de percalina con una soltura y una gracia, que hacían presagiar un brillante porvenir para el pequeño aficionado.

Pasó algún tiempo, y en una corrida nocturna organizada por la empresa de la plaza de toros de Madrid para presentar a cuatro novilleros desconocidos para el público cortesano, volvimos a ver al chaval de la plaza de España.

Salió el último novillo y Rodalito,



que éste es el torero de nuestra historia, lo toreó de capa con un arte y un aplomo poco común en un muchacho que apenas se ha vestido cuatro veces el traje de luces. La muchedumbre rompió en un aplauso cerrado y desde ese momento el nombre de Rodalito tomó carta de naturaleza en el mundo taurino.

Torero *largo* y elegante, banderillero notabilísimo y matador seguro y fácil, que tiene una gran semejanza física y artísticamente con Rodolfo Gaona, el gran torero mejicano.

En la presente temporada ha realizado una fructífera campaña ganando en honrosa lid un primer puesto en las avanzadas novilleriles.

Veremos si el próximo año sigue dispuesto a conservarlo para bien suyo y para que La Roda, que todavía pertenece al mapa de España, tenga también un torero de *postín*.

¡Y luego que le den la autonomía CHETE.



RODALITO.—1. En un pase cambiado.—2. En una verónica.—3. Retrato del diestro.—4. Viendo morir a una de sus víctimas.—5. En un magnífico par.

AMOR TRIUNFANTE

En la blanca paz de la tarde agostea, declina el Sol en su gloria apoteósica de oros y de nácares; los claros cielos turqueses se tienden majestuosos sobre las aguas rumorosas, que los varios tonos de luz del vesperio, arrancan irisaciones de ópalo; las gaviotas poetizan el ambiente con el batir silencioso de sus alas.

Formando móviles montecillos y mentidas llanuras plateadas, van rodando las olas a romperse contra una roca que el musgo tapiza de esmeralda, en su parte superior, y desde la cual se domina la serena magnificencia de la naturaleza. Como la naturaleza misma, romántica y magnífica, sentada sobre el musgo una virgen pálida medita. Horas y horas ha escuchado embelesada el murmullo eterno de las aguas, y contempló admirada la puesta del sol en la lejanía violeta del horizonte.

Es hermosa: de una belleza interesante y vaporosa de quimera, que da la sensación fantástica de ser figura irreal, que desparecerá por ensalmo al descubrirla unos ojos pleróticos de idealidad. Blanca y rubia, al óvalo perfecto del rostro anidado e ingenuo, hácela marco la seda áurea de sus cabellos tendidos hasta la cintura, que cubren los hombros marfilinos, torneados, dignos de un clásico cincel; los ojos muy negros, de reflejos acariciadores y suavidades aterciopeladas, se dirían tenebrosos ematites engastados en el oro pálido de las pestañas; la boca bermeja y húmeda, espiritualizada por la oración, descubre al sonreír la cinta marfilina de los dientes: ahora no sonríe, contraídos en rictus misteriosos los labios, parecen contener la divina elocuencia musical de sus palabras; de una correcta elegancia es el cuello, fino y largo, que se ensancha al busto estatuario de líneas delicadas.

Bajo el claro de la Luna, ella surge más blanca nimbada de plata. Quieta, en extraña quietud meditativa, deja concentrarse toda su atención en un íntimo pensamiento; vuelta mentalmente al camino pretérito de su vida, torna a vivirle en los recuerdos y lo pasado resurge ante los ojos de su espíritu adquiriendo vital plasticidad. Recuerda su infancia en Madrid, entre sedas y encajes y flores; sus paseos en automóvil por una linda avenida, desde la cual la enviaban cariñosos saludos y sonrisas; la casa invadida de gente orgiástica, que reía y libaba, cuando más tarde se decían iban a visitar al padre enfermo aprisionado en un muelle butacón por la parálisis. Luego, la horrenda visión de ocho cirios funerarios en redor de una caja mortuoria de caoba, y la grosera indiferencia de cuatro hombres que llenaron de gritos y lamentos a su madre; poco después, vergonzosamente arrojados por los certeros que en las riquezas artísticas hundían feroces sus uñas de gavilanes; la huida de ambas hacia una posesión de la montaña milagrosamente conservada, y en la cual proyectaron vivir, alejados de aquella sociedad que comentaba despiadada la ruina y el descrédito, cuya cima abrieron ellos inconscientes con el brillo irresistible de sus fastuosidades; después los días de paz entre el sencillo pueblo montañés de acuerdo a los trágicos de la pesca. Algunas veces un recio pescador llevóla en su barquilla y ella contempló divertida las curvas de los peces y del hombre, del que invariablemente se quedaba triunfador: desde entonces, sus ilusiones más fervientes fueron contemplar la mar burbujeante, los temporales crueles en que las olas abrían misteriosos abismos y alaban montañas inverosímiles coronadas de espuma. Muchas de estas veces los brazos amorosos de la madre la arrancaron del peligro llena de pavor, mas ella, impenitente soñadora, tornaba otro día a las puntas de las rocas, y dejaba que las olas, blandamente, mansamente, besaran sus pies.

Una tarde, fué sacada de su abstracción, hermosa y arriesgada a la vez, por unos pasos; se levantó sorprendida; nadie pisar aquellos lugares sino ella; ¿quién, pues, habriase aventurado de llegar hasta allí? Era un hombre, que la miraba con un extraño gesto de asombro que ella al punto no supo analizar; luego, él aclaró su actitud en palabras un tanto veladas por la emoción de la sorpresa, pero cálidas, apasionadas, de hábil galanteador de alma de poeta.

Desde entonces, ambos acudían como a una cita tácita a aquellos sitios solitarios, y juntos charlaban de arte; él era poeta; sabía recitar primorosamente largas tiradas de versos armoniosos, que en sus labios adquirían una música sugestiva y desconocida para ella. Ahora en la soledad era alto y delgado, de fina elegancia de mujer; los cabellos rebeldes y desordenados de negrura desvaída, cortaban la frente amplia y pálida, en románticas ondulaciones; los labios rojos de gestos desdeñosos y altivos debían imantarse de la abruptitud al posarse triunfadores sobre otros labios femeninos.

Alguien tocaba suavemente su hombro, haciéndola cortar voluntaria el curso dulcísimo de sus pensamientos. Es una

mano amiga, que ella estrecha después mientras exclama amorosa disimulando su turbación.

No creí verle hoy, Alfredo, es tarde.

Ni a usted yo, Lucía—murmura él—temía llegar y encontrarme vacíos estos lugares, sin la poesía de su figura, sin la luz de sus ojos.

Sonríe Lucía al galanteo y responde mintiendo.

Me retiraba ya.

Afortunadamente, la encuentro y hablaremos unos minutos: espérese, concédame ese favor—súplica.

Hay una pausa embarazosa plena de misterio bajo el encanto de la noche. Ella tímida, temblorosa como una novia espera. La voz de Alfredo rompe el silencio continuando.

Me siento bien; apto para la lucha de mi profesión: los traidores amagos de la neurastenia han desaparecido totalmente; el aire saludable de la montaña me ha devuelto la salud perdida y ha sonado la hora de volver a Madrid. De allí he recibido dos cartas; una de ellas pertenece al empresario de la Comedia anunciándome el próximo estreno de mi obra; otra de mi familia reclamando mi presencia.

Inquiérese la virgen poseída del horror de la separación.

¿Le llama su madre?

Nó: mi madre murió; es... mi esposa, mis hijos, uno de ellos me envía besos y abrazos desde su cuna.

Siente Lucía dentro de sí al finalizar la palabra última, el frío glacial de la realidad impensada; el peso de los cielos que se desploman lentamente en martirio indecible sobre su cabeza; párecela ver las olas avanzar pausadamente hacia ella para sepultarla.

Nerviosa, maquinal, sin permitirle hablar más, le tiende súbitamente su mano fina y blanca despidiéndole.

Adiós, Alfredo, vaya usted; sus hijos le esperan, béselos.

Siente en su alma ansias infinitas de gritarle sus locos amores ideales: de no dejarle marchar, pero la contiene el beso ceremonioso de premeditada indiferencia que él estampa en su mano aristocrática, y las frases de ritual cortesías y amables de despedida.

Lamentando sinceramente el dolor de la amiga y su torpeza, —él, el psicólogo—en adivinar los sentimientos femeninos, aléjase Alfredo sin volver los ojos, bordeando las montañas ennegrecidas por la noche en las cuales de lugar en lugar se quiebran fantásticos los rayos de la luna.

Desde las peñas, Lucía contempla su marcha; «hasta algún día quizá», dijola él generosamente, consciente ya de la tempestad de su pobre alma. «Hasta nunca»; ella respondió firmemente sintetizando su amor y sus deberes. No obstante, síguele con la mirada que nublan los sollozos viéndole esfumarse como una quimera en la línea borrosa e imprecisa del horizonte.

Sola ya, en horrible soledad de ilusiones, cruzados los brazos deja correr el llanto copioso sobre la tumba de su alma. Siente en su carne clavarse ante la realidad el cilicio cruel de los celos; del amor burlado por el destino implacable; con dolorosa remembranza recuerda sus palabras.

«Uno de ellos me envía besos y abrazos desde la cuna».

Cree verle con su carita rosada de rizos dorados como un angelote balbuceando la ofrenda de tierno amor, y ella, la rival feliz, animados los ojos, reidora la boca, ¡dichosa! ¡dichosa! escribiendo febril y besando la carta al final...

Bajo el alto cielo zafrino peregrinan las estrellas por senderos invisibles; con sus luces plateadas semejan antorchas encendidas iluminando la divina maravilla de los mares, que lanzan al espacio el eterno murmullo de sus ondas.

Sin un gesto, sin una leve contracción dolorosa en el semblante bañado en luna; los brazos extendidos cual preparándose al abrazo mortal de otra vida desconocida y bella, Lucía serena da un salto al mar partiendo las aguas musicales.

Un grito; un alarido formidable de dolor y espanto, tiende los aires y extremece las montañas silenciosas.

¡Hija!, ¡Hija!

La cabeza de Lucía emerge de las olas al conjuro de aquella voz como una flor de oro; en su boca parece estereotiparse un beso triunfante de amor filial. Surgen también sus brazos que ahora defendiendo ardorosamente su vida se abre camino entre las aguas llegando hasta la roca.

La madre temblorosa la tiende sus brazos, la aprisiona en ellos.

¿Qué hacías?—inquire.

Madre ¡perdón!—implora la virgen—¡perdón! Y las lágrimas suyas, los besos suyos, prodigados en la frente materna, parecen redimir la visión fatal del hombre, y abrir ante sus ojos sendas luminosas de ventura.

EMILIO DURÁN.



LA VISITA DEL MEDICO

El médico.—Supongo que esta noche habrá usted seguido mi consejo, para combatir el insomnio, de contar hasta quedarse dormido.
El enfermo.—Sí, doctor; conté hasta treinta y cinco mil.
El médico.—Y al llegar a esa cantidad se durmió usted.
El enfermo.—No, señor; al llegar a esa cantidad, ya era hora de levantarme.



Unas sales dió a oler a Emerenciano y Corchete, el doctor le deja sano.



El enfermo pagó al doctor Corchete, por la nariz pasándole el billete.



¡Vaya una calle con mala pata! Están sueltos los perros y pisadas las piedras.



—Adorada mía—, Pon tu linda mano aquí, sobre mi corazón. ¿Qué sientes?
—¡Ay, qué gusto! Siento el portamonedas casi lleno.



—¿Te marchas? ¿no estás contenta en esta casa?...
—De ustedes si, pero la casa..., francamente está, demasiado lejos del cuartel.



—¿Su marido está mejor?
—Le ha ordenado el médico una ventosa.
—¿Ventosa? Subirán los comestibles.

LAS MODAS DE ANTAÑO



Años 1760 a 90



Años 1780 a 90



Año 1833

Sección de correspondencia

CONCURSO DE DIBUJOS

Recibo número 19.—Publicados en el número 3.

Núm. 20.—D. F. L.—Madrid.

Núm. 21.—D. F. R.—Madrid.

No son publicables.

Núm. 22.—D. J. C.—Valladolid.—No [responden a las] condiciones del concurso y están hechos además, con tinta que no permite la reproducción. Sin embargo, usted tiene condiciones, y ya *hablaremos*.

Núm. 23.—D. P. P.—Madrid.

Núm. 24.—D. M. de R.—Madrid.

Núm. 25.—D. A. B.—Barcelona.

Núm. 26.—D. L. H.—Baracaldo.

Núm. 27.—D. F. R.—Madrid.

Núm. 28.—D. J. H.—Salamanca.

Núm. 29.—D. M. P.—Vitoria.

Núm. 30.—D. M. G.—Oviedo.

Núm. 31.—D. M. M. F.—Sevilla.

Núm. 32.—D. F. H.—Madrid.

No son publicables.

A nuestros concursantes

Nuestros concursos de dibujos y de fotografías, quedarán cerrados el 31 de Diciembre próximo, a las doce del día.

EN LA ESTACION



—¿Desea un buen mozo? caballero.

Todas estas preguntas, y otras más, se dirigían unos a otros cómicos, empresarios, periodistas y escritores sin que hallaran respuesta satisfactoria, pues nadie sabía en realidad ni una palabra acerca de la bella bailarina.

Por fin se pudo averiguar el nombre del empresario afortunado que logró contratar a semejante alhaja. El empresario, apellidado *Negro*, dió poca luz en el asunto, y con habilidad desvió el torrente de la curiosidad hacia el agente que le había proporcionado el feliz contrato.

El agente, que era el popular Juanito Paquella, al principio se defendió con energía, negándose a decir nada; después se enfadó ante la pertinaz insistencia de sus curiosos amigos, y al final terminó con un golpe de maestro.

Sonriente y amable, contó separadamente a cada preguntón una historia distinta, a cual más maravillosa y fantástica, con lo cual la madeja llegó a convertirse en un lío indescifrable, pero Juanito Paquella quedó por fin tranquilo, sonriente y victorioso.



—Sí, señora; las cuatro habitaciones del frente del piso principal se han amueblado según las órdenes de la señora, y el automóvil comprado para su servicio aguarda a la puerta de la estación.

La *princesa Nabab*, saludando con una inclinación de cabeza, se envolvió en las pieles de su capa y pasó rápi-



una dama envuelta en rica capa de pieles...

damente, seguida del intérprete, por delante de los dos personajes, que quedaron como paralizados por la estupefacción. Al cabo, dijo el agente:

—Es verdaderamente una princesa.

—Es un río de oro para mi taquilla, —respondió el empresario.

Una perfumada estela recordaba el tránsito de la hermosa mujer por el andén vulgar de la estación del Norte.

III

Donde todos preguntan y nadie sabe nada

Madrid, a pesar de su cualidad de capital de la nación española, conservó durante muchos años un carácter local muy marcado. Este carácter sufrió una profunda alteración desde los comienzos de la gran guerra.

Refugio de extranjeros de todas nacionalidades y procedencias, Madrid adquirió rápidamente el aspecto cosmopolita de las grandes capitales europeas, y este cambio influyó en la fisionomía callejera de la población.

El millón de habitantes que se aglomera en las calles y se cruza en todas direcciones se hizo más vario y pintoresco, perdiendo la monotonía del sello local.

Pero el círculo social de los escritores, los teatros y la prensa continuó siendo, como lo es en todas las grandes capitales, relativamente estrecho. En él, como en un estanque de escasa anchura, la conmoción más ligera producida en un punto determinado de sus aguas, lleva hasta los extremos del charco, por la telegrafía de los círculos concéntricos, la noticia de que un pez dió un salto, de que cayó una piedra en algún punto de las aguas encerradas en sus estrechos límites.

No es, por lo tanto, de extrañar que la aparición en Madrid de la *princesa Nabab* fuera conocida rápidamente entre las personas que componen aquel círculo y causase una gran conmoción, como correspondía a la belleza de la artista y a las circunstancias extraordinarias y misteriosas que ofrecieron su entrada e instalación en la corte.

¿Quién es? ¿cómo se escribe su verdadero nombre? ¿dónde ha trabajado? ¿de dónde viene? ¿quién le paga el asombroso lujo que gasta?

NUESTROS CONCURSOS



I

1.^a **Concurso de Dibujos Cómicos** con sus pies correspondientes, ambas cosas originales e inéditas bajo la responsabilidad del autor. El asunto es libre, quedando esceptuados los ataques a la moral, los asuntos religiosos o políticos, y los referentes a la guerra.

2.^a Los dibujos se enviarán por grupos de cuatro o seis, de igual tamaño y de modo que puedan formar una plana de 16 por 19 centímetros, o reducirse a este tamaño. Estarán dibujados a pluma, con tinta china sobre buen papel blanco.

3.^a Cada envío vendrá dirigido al Director de **Día y Noche**, Apartado núm. 809, Madrid, y acompañado del nombre y dirección del autor, escritas y firmadas de su puño y letra.

4.^a Por cada serie de cuatro o seis dibujos aceptados, y publicados en la Revista, se abonará 20 pesetas; y al terminar el concurso, un jurado que se nombrará al efecto y del cual formarán parte el dibujante Sr. Vázquez Calleja y el director del periódico adjudicarán a los dibujos que se considere mejores entre los publicados un primer premio de 100 pesetas, un segundo de 50 pesetas y dos terceros de 25 pesetas cada uno. Los premios se otorgarán siempre a una serie completa.

5.^a La fecha en que habrá de cerrarse el concurso, se anunciará oportunamente.

6.^a No se sostendrá correspondencia con los concursantes.

7.^a El hecho de tomar parte en el concurso deja establecida la absoluta conformidad de los concursantes con el resultado y decisiones de la dirección del periódico. Se advierte que toda recomendación será causa de que los dibujos del recomendado sean excluidos del concurso.

8.^a Los dibujos aceptados y publicados, serán

pagados inmediatamente, a la presentación del recibo, y previa confrontación de firmas.

9.^a No se devolverá ningún original publicado, y estos quedarán de la absoluta propiedad de la editorial **Hispánica**.

II

1.^a **Concurso de fotografías** de asuntos de la calle, comprendiéndose en esta denominación todas aquellas escenas callejeras que por su interés o gracia merezcan ser publicadas. Las fotografías podrán ser tomadas en cualquier población española, y habrán de ser actuales y originales e inéditas, bajo la responsabilidad del autor.

2.^a Deberá enviárenos dos pruebas positivas en papel de cada fotografía, y al dorso escrito el asunto fotografiado y los demás datos de lugar; tiempo, etc. Las pruebas tendrán un tamaño mínimo de 9 por 12 centímetros.

3.^a Por cada fotografía aceptada y publicada, se abonará en cuanto se publique, la cantidad de cinco pesetas. Cada concursante podrá enviar un número ilimitado de fotografías.

4.^a Al terminar el concurso, se adjudicará por un jurado compuesto por el director y redactores del periódico **Día y Noche**, los premios siguientes a las fotografías que se considere más notables entre las publicadas, por su intención, su gracia o su interés, teniéndose además muy en cuenta la perfección de la prueba: dos primeros premios de 50 pesetas cada uno y ocho segundos premios de 25 pesetas cada uno.

5.^a Serán aplicables al concurso de fotografías las cláusulas 3.^a, 5.^a, 6.^a, 7.^a y 9.^a del **Concurso de dibujos cómicos**.

Los dibujos y fotografías que no entren en concurso, quedarán en esta administración a disposición de sus autores, siendo requisito indispensable la presentación del recibo.

A nuestros colaboradores espontáneos se advierte que no devolveremos los originales que nos envíen, ni sostenemos correspondencia acerca de ellos, ni aun en el caso en que nos remitan sello para franquear la respuesta.

Queda prohibida la reproducción de todos los originales literarios y artísticos publicados en este ejemplar.

"Día y Noche" no recibe anticipos ni subvenciones de ninguna clase de Gobierno, y espera vivir del favor del público

HISPÁNICA, Cardenal Cisneros, 47, Tel. J. 928. Madrid



—¿Que te parece la tela de mi vestido?
—Muy buena, pero muy mal empleada.
—Eso dice de mí todo el mundo.

IMPRENTA HISPANICA

CARDENAL CISNEROS, 47, MADRID

TELÉFONO J. 933

Se hacen obras, revistas, catálogos, folletos, tarjetas e impresos de todas clases